

LA VENTA DEL CHIVO PRIETO

LAURA MÉNDEZ DE CUENCA

Edición y notas

Roberto Sánchez Sánchez

Ninguno que lea el sucedido que voy a referir podrá poner en duda su veracidad: para inventarlo sería menester haber sido engendrado pantera y nacido hombre por verdadero capricho de la suerte.

Ahora mismo, al trazar estas líneas, siento el doloroso estremecimiento del verdugo, al ensayar el nudo corredizo, la víspera de una ejecución. ¿Por qué, pues, las escribo? Porque como no se trata de componer una novela, sino de narrar un hecho, y no falta quien diga que decir la verdad es el mejor medio de contribuir a hacer bien, quiero yo prestar mi contingente al servicio común; y así me lo tome Dios en cuenta, cuando me ajuste las que pendientes tenemos, a la hora de estacar la zalea.

Es sólo un recuerdo. Pero, ¿qué de tragedias no desfilan, en un minuto, por la angosta faja de una frente que recuerda?

No espero que tú, lector amigo, hayas oído mentar a Las Palmas, lugarejo risueño y florido de la costa de Oriente. Dicho nombre es pura invención, sugerida a mi mente por la media docena de cocoteros que se miden en lozanía con otras tantas ceibas de retorcido tronco y hojas barnizadas como vitela que dan sombra a la plaza única del lugar.

Desde un cerro de mármol oscuro, por muchos años ignorado, y todavía por explotar, se abarca con la vista el enjalbegado caserío: parvada de gaviotas desparramadas por el triple par de riberas de tres alegres riachuelos, ocupadísimos en precipitarse uno en otro, formando sendas y espumosas cataratas. Allí, entre platanares

¹ Aurelio J. Venegas nació en la ciudad de México y falleció en Toluca; colaboró en *El Monitor Republicano*, *La Unión*, *El Ahuizote* y *El Noticioso*. La relación con Laura Méndez proviene de una amistad mutua: José Vicente Villada, gobernador del Estado de México, promotor de la escritora para ocupar el puesto de subdirectora en la Escuela Normal para Niñas de Toluca en 1898.

y cafetos, guanábanas y pomarrosas, la dulce brisa de los trópicos canta al amanecer y arrulla a la puesta del sol.

Los palmeños (pido carta de naturalización para mi adjetivo, por parecerme de tan buena cepa, como los de tártaro, asirio y otros) eran agricultores rudimentarios como los canaanitas, y de ello ofrecían buena muestra sus toscos aperos de labranza. Mineros no lo eran por el forro: odiaban ese ramo de la industria, como al pecado mortal, por creerle causante de que muchas naciones antiguas y modernas, de pueblos poderosos, hubiesen pasado a convertirse en colonias de esclavos.

Los grandes países jamás intentan la civilización de los pueblos que luchan por la vida en un suelo estéril y falto de riqueza. No es mía esta opinión, sino de los palmeños, quienes sabían o decían saber, por tradición, la historia del mundo. De boca en boca habían oído decir que unos tales llamados fenicios, que florecieron en tiempos del rey que rabió, trasegaron, en época lejana, las montañas de todos los lugares adonde sus atrevidas naves los condujeron, hasta dejarlas convertidas en embudos.

Por la misma pícara tradición sabían los palmeños que las artimañas de esos señores fenicios, propagadas entre otros pueblos, se transmitieron con mala semilla de generación en generación, llegando a producir, en nuestros días, una abundosa cosecha de buscadores de oro, sólo igual a la de microbios en un pantano.

De sus profundos conocimientos de la historia de las conquistas del mundo, venía el tesón con que los palmeños acostumbraban poner la cruz a todo lo que les oliese a extranjis, y ni respondían al impertinente catecismo de los transeúntes, ni menos los invitaban a pernoctar en el lugar, y, por lo mismo, tampoco consentían que se fabricase en su recinto ni buen hotel, ni pobre mesón, ni menguada hostería. Y como los viajeros fuesen mal mirados cuando cruzaban por las calles figgando todo, cual si quisieran llevarse de ello el retrato en los ojos, las riquezas del suelo eran vigiladas noche y día;

por lo que los vagabundos extranjeros que acertaban a pasar por allí tenían que seguirse de largo, con su cansancio auestas, y lo que digo del cansancio quede entendido igualmente del hambre y la sed. En que ningún forastero había de pasar la noche en Las Palmas, los palmeños todos estaban acordes.

El judas de la comunidad lo fue Severiana, o la Severiana, como solían llamar allí a una gachupina de pelo en pecho, pizpireta, graciosa, de corta estatura y ojos muy decidores; oriunda de Burgos donde un peón caminero la había recogido del lecho de su madre moribunda.

Huérfana, había crecido a la merced de Dios, como los cardos del monte: erizada, fuerte, salvaje. Al cumplir catorce años, el peón la puso a servicio en una familia de alemanes que no tardaron en emigrar a América llevando consigo a la rapaza.

Se establecieron en Cuba.

Cuando la resaca deja sobre las costas del Golfo de México, los organismos podridos en que abunda, muchas Severianas desembarcan en Veracruz, muchas vergüenzas nos encienden las mejillas, mucho lodo nos salpica. En una de esas marejadas, la Seve de mi cuento, como la llamaban familiarmente en el lugar, quedó arrojada en las arenas de nuestro primer puerto, en días aciagos para la nación. Fue en tiempo de la guerra con los americanos.

Por aquellos días, un rico heredero del estado se prendó de la recién llegada con ardor tal que, sin distingos ni reparos, por conquistarla, dio al traste con su hacienda y votó al demonio el respeto social, el decoro y cuanto Lucifer puede requerir de un mozo insensato. Descendió grada a grada, la escala entera, siendo su mentecatada final la de mudar de nombre, y con otro supuesto, se unió en matrimonio a Severiana. Él se hizo nombrar Desiderio.

Desde el día de la boda, Desiderio, como todo pobre diablo que pierde los estribos por las hembras desalmadas, se dejó gobernar por su mujer, y así, obedeciendo él y mandando ella, aparecieron los dos en Las Palmas, donde sentaron sus reales: de prendera ella, de parásito él.

A poco, por el oficio que desempeñaba, le aplicaron el apodo de Mercadela el cual alternaba con el de la Seve.

Después de varios años de residencia en Las Palmas, llegó el matrimonio a poseer algunos centenares de pesos, arrancados por medio de la usura a los palmeños, quienes ya no tenían siquiera cara en que persignarse. Este dinero ensangrentado y empapado en lágrimas, pudriéndose en la hucha, un día de recuento, puso en la sesera de Severiana la idea de establecer en el lugar lo que los palmeños más detestaban: un mesón. Pero alzándole pelo al proyecto, por el riesgo que semejante cosa aparejaba, la Seve, como quien quiere vivir en paz y morir en su cama, mejoró su plan determinándose a no llevarlo a cabo en el recinto de la aldea, sino en las afueras, rematando para el efecto un cacho de tierra labrantía que le habían ofrecido por salir de él.

Y así se realizó.

Verificada la operación, la prestamista fue a recibirse de la finca y sus anexos, examinándolo todo con minuciosidad de agiotista. Los terrenos, por abandono de su dueño, habían sido invadidos por la hierba; la casa empezaba a desmoronarse, clareada como lo estaba por las balas norteamericanas, las mismas que habían echado por tierra, acribillado y sin vida, al amo de aquel predio.

Pagada la mezquina suma que a Severiana le dio licencia de sacar de un hoyo, su avaricia siempre en creciente, se puso mano a la reedificación.

Los herederos del patriota, antes que pensar en deshacerse del montón de gloriosas ruinas empapadas en la sangre de un valiente, habían abandonado el solar a las rudezas

del tiempo. El esqueleto de la casa solariega daba pavor: montones de piedras aquí, brechas allá, matorrales y triste parietaria por todas partes. Con todo, sin moratorias ni regateos, entregaron a la prestamista la casa paterna, como antes, sin resistencia, se habían ya dejado arrancar por la brava hembra, a tiras el pellejo.

No tardó la Seve en trasladarse a su nueva habitación. A su mandato y bajo la égida de su ojo avizor, dos peones de esos que en el lugar llaman barateros, dieron comienzo a reparar la vivienda. Se resanaron las paredes, se cerraron brechas, se cegaron fosos; de palitroques se armó una gran cerca, rodeando la casa, y, en pocos días, con su sala, su cocina, su bodega, su corralón y su cuadra, quedó levantada en pie, al borde del camino real:

LA VENTA DEL CHIVO PRIETO

El nuevo trato prendió, como le prendía a Severiana todo lo que inventaba. La usurera determinó entonces añadir dos habitaciones en el piso alto, para hospedaje de viajeros acomodados, con la perversa intención de darles en el chollo a los palmeños que tanto odiaban a los huéspedes.

Uno de los mencionados cuartos del piso alto, llegó a cumplido fin; pero el otro se quedó a medias, por haber empezado de nuevo el diablo de la avaricia a hacer comezón en las entrañas de la Mercadela. De ahí que permanecieran al descubierto, para sécula sin fin, las pilas de adobe, y el andamiaje tendido precisamente sobre un cobertizo de tablas de tripa, que había sido menester levantar a uno de los costados de la casa para sombrear las caballerías.

Ajuareada la casa con mesas de oyamel y bancas de lo mismo, patizambas, en las que por obligación hacían sube y baja quienes en ella se sentaran, se abrió la venta al público.

Al principio escaseó la parroquia. Apenas llegaba por ahí uno que otro sediento, buscando remojarse el gaznate, y pasaba de largo; o tal cual hambreado que no conseguía calmar su necesidad con el trozo de queso rancio, la tira de cecina asada, como cuero de dura, y el zoquete de pan enmohecido en que ni los ratones hubieran podido meter diente; pero, a la larga, era de verse la reata de bestias de carga que, como rosario, llegaban aguijoneadas por sus fieles verdugos, los arrieros, pujando bajo el peso del carbón de madroño, las vasijas de barro o las frutas tropicales.

Para la Mercadela era rato de inacabable recreo ver cómo caía despatarrada, haciendo ridículas piruetas, alguna víctima de la banca coja. Soltaba el trapo a reír y era el cuento de nunca acabar, pues hasta lloraba de la risa.

Sobre la puerta frontera, abierta precisamente en medio de la sala, un pintor de ollita había afirmado el enorme cartel en que, en combinación, unas letras y la figura de un macho cabrío expresaban el nombre de La Venta, y a entrambos lados del rótulo, sendos letreros decían:

PASTURAS, POSADA PARA ARRIEROS, CORRAL
PARA CARROS Y BESTIAS.
CENAS, FORTAS COMPUESTAS, PUCHAS, RODEOS,
QUESO Y AGUARDIENTE.
PAJA Y CEBADA.

En letras de otro carácter, encerrada entre manecillas y admiraciones, remataba cada lista, la siguiente advertencia:



¡¡NO SE FÍA!!



Dale que dale aparejando acémilas y ensillando caballerías, Desiderio, el mentecato que había tomado por esposa a la usurera, vio transcurrir los días de varios años, contemplando la salida del sol, bañándose en las rosadas tintas de la aurora o en el ropaje gris de la tarde, al ponerse el astro. Indiferente a los cuadros bellos de la naturaleza, atendía solamente a cercenar en el pesebre el forraje, pues al dedillo sabía que como diese a las mulas la mitad siquiera de la pastura cobrada en el mostrador, o no mojase la paja, o se le pasara mezclar aserrín con la cebada, tendría que habérselas con su costilla.

Cierto es que Desiderio se había hecho más bestia que las bestias que alimentaba. Cediendo a los instintos sensuales había consentido en voluntaria degeneración y permanencia indiferente a todo, excepto al cariño de su hijo, único fruto de aquella monstruosa unión.

Desiderio era manso en presencia de su mujer; no osando levantar los ojos cuando la Severiana amanecía de mal talante, prefería escabullirse por los rincones. De que a ella le diera por refunfuñar, ya andaba el mandria del marido con pisadas de gato. Cerraba las puertas con tiento y hablaba quedo para no provocar a la fiera, temerosos de que el “niño”, el hijo de los dos, se despertara con la gritería de la riña.

El “niño” era ya un mocetón fornido, a quien decían Máximo; amábanlo los dos con vehemencia y se disputaban sus caricias, causándose mutuamente celos. Máximo era una cadena de flores enlazando dos fieras salvajes.

Digan lo que quieran los sabios y discutan cuanto gusten y manden echándose por la cabeza sus tratados de fisiología y psicología, de biología y sociología, por razones

inexplicables a la ciencia, era Máximo tan cabal de alma como de cuerpo. Ustedes lo creerán o no; pero, sea dicho con perdón de la ciencia, en la que delego la tarea de descubrir los porqués, haciendo la vista gorda a la maliciosa sonrisa que adivino en los labios del lector, he de declarar sin rodeos que Máximo era un santo. En generosidad y abnegación no había quien le arrebatara la palma; y si del Colegio de Puebla, donde sus padres lo pusieron a educar, sacó amplios conocimientos y modales atildados, no perdió por ello ni la sencillez rústica ni el aire franco de quien crece apartado de los centros sociales.

Acabada la escuela, Máximo tornó al hogar, si así puede llamarse al cubil de dos fieras, y desde entonces la usurera se convirtió en idólatra de su hijo. Para Severiana, él lo llenaba todo: ideal, amor, deber, religión, patria.

Porque Máximo había nacido en México, la Mercadela fusiló, desde su ventana, a más de un francés fugitivo, cuando la Guerra de Intervención, pues quería que la patria de su hijo estuviese limpia de invasores. Porque Máximo escapara de las fiebres primaverales que diezman a los niños, en las tierras del trópico, aquella bestia humana había doblado las rodillas, con verdadera humildad, y pedido a la Virgen salud para el pequeño, ofreciendo, como muestra de gratitud, el mejor collar de perlas que tenía. Para que Máximo disfrutara de holgura y de todo aquello que se puede comprar con dinero, la usurera había corrido de sol a sol por las aldeas cercanas, vendiendo chácharas, prestando a rédito, despojando de lo suyo a todo bicho viviente, sin que la ruindad de estos hechos le dejase la más angosta sombra en la conciencia.

De los goces el más inofensivo es soñar, y a ése se entregaba con ardor la Mercadela, en ausencia de su hijo. Soñaba verle rico, poderoso, ocupando alto puesto en la administración del país; siempre mimado, siempre venturoso, aunque célibe, porque

eso no, la celosa madre no capitularía jamás con que le arrebatasen el amor de su Máximo.

Pero turbaba sus sueños un malestar constante. El presentimiento de un infortunio inesperado amargaba el alma de la prestamista, y durante las momentáneas ausencias del mozo, a quien no dejaba en paz ni a sol ni a sombra, de miedo de que algún accidente le aconteciese, a la infeliz se le ponía el cuerpo crespado de horror. Niño, le había preservado del aire, de los rigores del sol, de las pedradas de los otros chicos, de la palmeta del maestro y de la corrección paternal; cuando mozo, le cubrió de amuletos, le llenó de reliquias, le colgó del cuello escapularios y medallas, y ni en los días de mayor afán dejó de encomendarse a todos los santos para que le conservasen al hijo ileso.

Por no concitarse la desestimación de su Máximo, la Mercadela se refrenaba cuanto podía en su presencia, y no conociéndola tal cómo era de villana, el hijo veneraba tanto a la madre que sin vacilación habría arrancado la lengua al osado que se atreviese a cualquier desmán en contra de Severiana.

Mirándose los dos el uno en los ojos del otro, habían hecho vida de familia dos años largos, desde que el mozo regresó del colegio.

Máximo se aburría. Allá en Las Palmas no tenía amigos de su clase ni sociedad culta que sustituyese la de los camaradas de escuela, quienes, una vez terminados los estudios, se habían marchado a sus hogares respectivos, aquí y allí diseminados por el país. Severiana no permitía a su hijo labrar la tierra porque no se le estropeasen las manos; ni le permitía dedicarse a ocupación alguna en la ciudad, por no volver a separarse de él. Como saliera el joven de los dominios de La Venta, siquiera fuese por breves instantes, ya andaba la Seve con el credo en la boca, aturdiendo a la corte celestial con padrenuestros y avemarías, y no había santo popular que se la pasara sin su

lámpara de aceite o vela de cera, en cambio del milagro de devolver al muchacho sano y salvo a los brazos de la madre.

De mimos estaba Máximo hasta la coronilla: la vida ociosa le causaba tedio, amortiguado solamente por la consideración de que todo su malestar provenía de la ternura, quizá exagerada, de Severiana.

Un día llegó por fin en que Máximo determinó romper con la monotonía de su existencia. Sacando Dios sabe de dónde, energía largo tiempo contenida, en tres o cuatro frases breves declaró a la madre su emancipación.

A la Seve se le vino el mundo auestas; pero la flaqueza maternal le ató la lengua, las manos, la voluntad y todo. Máximo se salió con la suya. Empezó a salir a caza o a la pesca de bagre, acostumbrándose pronto a permanecer ausente lo más del día. Hizo amigos en la ciudad. A veces andaba con ellos fandanguando con la guitarra, al pie de las ventanas de las muchachas de Las Palmas; otras se paseaba por el campo, a solas, trepando las montañas, encaramándose en los árboles más altos, o seguía por la vereda estrecha, a lo largo de los puentes de hierro del ferrocarril, para contemplar grandiosos panoramas. A medida que las correrías se prolongaban, Máximo ganaba fuerzas, y su sangre, antes abatida por la inacción, recobró de nuevo su vigor.

Pero la inquietud de la prestamista aumentaba en proporción del alejamiento de su hijo, a cuyo derredor veía ella peligros continuamente.

Rezaba sin cesar. Encendía velas a la Virgen para que librase a Máximo de ladrones imaginarios, de asesinos que jamás habían pensado en arrancarle la vida, de fieras que no existían. En su imaginación forjaba precipicios que no se parecían por Las Palmas, en varias leguas a la redonda, y bestias que sólo han vivido en el Apocalipsis. Las horas que Máximo pasaba fuera de la venta marcaban siglos en el corazón de la Seve, sobresaltada siempre y en continua tensión nerviosa.

Amaneció un día de feria en Las Palmas. La Mercadela, de pie, hecha estatua, con los brazos en jarra, en la puerta de La Venta, miraba desfilas el cordón de gente endomingada y la cáfila de bestias cargadas de toda suerte de mercaderías, de esas que componen el regocijo y el tráfico de los pueblos en días de mercado.

Pensando en que Máximo, que ahora dormía quietamente en el piso alto, se empeñaría más tarde en ir al pueblo, lugar de cita de truhanes, jugadores y rateros, y que como mozo de pasiones violentas que era, volaría al peligro desafortadamente, ansioso de los goces de la juventud, la Mercadela sintió calofrío. La muerte, en acecho constante, podría venir, de un momento a otro, y segar en flor aquel arbusto lozano que sombreaba el corazón de una madre amorosa. Se tragaría la descarnada aquella tierna existencia henchida de promesas, aquella cabeza poblada de sueños. ¡Ay!, no podía imaginarse la Severiana de dónde sacaría ella el valor para tentar y sentir helado el corazoncito virginal de su hijo, ya palpitante a los primeros latidos del amor.

La pobre mujer se echó a temblar sintiendo que se le ponía la carne de gallina. ¿Qué sería para ella la vida sin su Máximo? ¿Para qué habría entonces esquilmado, robado y exprimido sin misericordia a los pobres de todas las aldeas del contorno? ¿Por quién ayudaba ella sin chistar a la ruda labor del campo, ahorrando el miserable jornal del peón, y se desencuadraba en el grosero servicio de La Venta, y aguantaba la presencia de Desiderio, el maridazo, que era, como quien dice, lo que más odiaba Severiana, desentendiéndose de que a sus pies había depuesto él su fortuna y su vergüenza?

Ahogada en lágrimas se entró en la sala.

Sentados en el banco bailarín almorzaban a la sazón dos arrieros, cuyas piruetas no la movieron a risa. Recatándose la infeliz detrás del mostrador, como para ocultar un

acto vergonzoso, púsose a murmurar avemarías, al tiempo que desgranaba las cuentas del rosario.

Desiderio, mientras tanto, en el corral, de pie junto de un hoyo recién abierto, acababa de desenterrar un chivo en barbacoa que debía llevar a la feria poco más tarde.

Máximo, que desde la ventana veía a Desiderio en su faena, le gritó, preguntando:

—Padre, ¿hay mucho alboroto por allá? Avísame de lo que veas, pues esta noche quiero ir a darme una vueltecita.

El hombre asintió, expresándolo a su hijo con un movimiento de cabeza. En tanto, la madre, que todo lo había oído, sintió otro vuelco en el corazón y de nuevo se le llenaron de lágrimas los ojos.

Había sonado ya en Las Palmas la plegaria de las ánimas, ahogada entre los repiques de las cuatro esquilas que el pueblo poseía y el restallido de millares de cohetes. Máximo, de pie contra la ventana, inclinó con respeto la cabeza en presencia de la Seve, tras recibir su bendición, cual solía siempre, antes de salir de casa. La ventera se deshacía en llanto que su hijo secaba a besos, cuando no se le agotaba a ella, pues ya no tenía lágrimas que llorar.

En medio de bendiciones, hipidos y sollozos entrecortados, la Mercadela decía:

—Que te cuides, niño, que no pesques un tabardillo, ni te dejes desplumar en la ruleta. Mira cómo no te pillan la capa los rateros. Vamos, dame otro beso, chiquitín, y otro más. Cuidado con olvidarse de mis encargos. Conque, vamos a ver: no excederse ni en comer ni en beber; no andar a picos pardos; no meterse en callejones ni andurriales, y, sobre todo, nada de reñir, por nadita del mundo, ¡eh!, por nada, pichón, ¿me entiendes? Es mejor que no te apersones por donde se juega; pero si por desgracia fueres y te va mal, que no se te suba la sangre a la cabeza. Vuelve a casa en seguida.

—Madre, mejor no me esperes en la noche, porque puede ser que me quede allá, en la casa de los compadres.

—Bueno, bueno. ¿Sabes? Sí, sí, mucho mejor es que no te arriesgues a media noche a los peligros del camino. La Petra te quiere bien, y en su casa no ha de faltarle nada. Dios te lleve con bien, vida mía, Dios te bendiga. Conque diviértete prudentemente y adiós.

Otra explosión de besos cortó las bendiciones de los labios de la Seve, y el mozo, al fin, se alejó de La Venta, silbando una danza popular.

Sentada a la puerta de su casa, se estuvo la mujer largo rato, pensativa, y tan callada que nadie hubiera sospechado que de sus labios brotaban plegarias inéditas que sólo las madres saben inventar, y en cuya eficacia, hasta los hombres más incrédulos, mientras son hijos, tienen fe.

El rumor de fuertes pisadas sacó a la devota de sus rezos. Alzó la cara y sus ojos de avara descubrieron, en el instante, la presa que al agiotista mantiene siempre en perpetuo acecho.

El dueño de aquellos pasos, saliendo de un tirón de las tinieblas en que momentáneamente le había sumido la rápida ocultación de la luna, espantó de la mente de Severiana la oración por el hijo ausente. Hasta se le pasó de la memoria que era madre.

La Venta estaba mezquinamente alumbrada, destacándose la luz del cuarto de Máximo, bastante esclarecido por una vela de cera y la lámpara del Santísimo.

El hombre de los pasos era mozo también, y apuesto y guapo. Traía bien visibles un par de talegas que, por el peso, parecían abundantemente provistas. Era administrador de un rancho no lejano, quien por estar recién llegado de España, su patria, y aún no familiarizado con aquellos contornos, habíase extraviado en el camino

de la ciudad, de donde venía del cobro de una libranza para la raya de los peones. Perdido en los campos y en posesión de una fuerte suma de dinero que no era suya, había pasado muy mal rato y todavía, al acercarse a la venta, no las tenía todas consigo.

Recobrado del susto, a medida que iba acercándose a lugar poblado, empezó a sentir ligera la responsabilidad que antes le había pesado como una montaña, y empezó a divagar.

Andando hacia La Venta, le vino a la memoria el recuerdo de su aldea, allá en España, se acordó de la anciana madre que había quedado, en el hogar, rezando por él; pensaba en la novia que le había prometido aguardarlo hasta la vuelta. Gozaba imaginándose el día del regreso, cuando hallaría brazos abiertos que le ciñesen el cuello, manos que se alzarían a bendecirle, labios que oprimiesen los suyos con ternura. ¡Cuántas preguntas le harían alternadas con apretados besos, y qué alegría la de él al responder a todo, y narrar sus aventuras de viaje, sus tristezas de ausente, sus esperanzas de repatriación siempre ennegrecidas por la nostalgia! Parecíale ver a las dos mujeres queridas que allá, al otro lado del océano, pronunciaban, con el alma entera, su vulgarote nombre: “Remigio”, bañándolo de lágrimas.

Llegó por fin.

Remigio pidió a la ventera habitación en que pasar la noche, alegando que temía ser sorprendido y robado por los muchos haraganes que la feria de Las Palmas había atraído.

A la Severiana, otro que no hubiera sido el forastero le habría leído la codicia en los ojos. Valiéndose de la suspicacia truhanesca que acostumbraba como arma defensiva, se hizo de muchísimos papeles y rehusó de plano el hospedaje. Pero Remigio, apretado por la necesidad, insistió en su demanda, alargándose hasta ofrecer generosa recompensa que, no sin pocos ruegos, le fue aceptada.

Servida que le fue, en la sala, la mezquina colación que la Mercadela tenía siempre lista para los viajeros, Desiderio, guiando escalera arriba y echando luz hacia delante, de la palmatoria que en la mano llevaba, condujo a Remigio a su habitación. Era ésta la estancia que ocupaba Máximo en el piso alto.

Desiderio arregló el lecho con sábanas limpias y se marchó, emparejando la puerta al salir.

Sin causa aparente, el forastero empezó a mostrarse inquieto. Apenas se quedó a solas, le entró cierto reconcomio inexplicable que en vano trató de someter a análisis racional. Por estar siempre soñoliento y cansado del trabajo del campo, en tierra tropical, no había escrito ni a la madre ni a la novia con la frecuencia que les prometió al partir. Eso ya merecía castigo, y como tal tomaba él la inquietud que le molestaba, refiriéndola a gritos de conciencia. Luego le pareció haber leído no sé que aviesa intención, en los ojos de la ventera, cuando le había aquella alargado un zoquete de pan más duro que un guijarro para acompañar a la cena. Entonces ya no pensó en dormir, sino en poner a buen recaudo el dinero que traía.

Temeroso de que le venciera el sueño, *inter* se resolvía al partido que tomar, acomodó las talegas debajo de la almohada. Se quitó las botas para descansar los pies, se persignó con reverencia y se echó vestido sobre el techo.

Empezó a cabecear. La lámpara rechinaba pavesando al contacto del agua con la llama, pues ya empezaba a faltarle aceite. La luz de la luna, atenuada por la presencia de sutiles nubes, se filtraba débilmente en la habitación.

Remigio dormitó un poco. No descansaba, sobresaltado como estaba y pensado en sueños qué haría. El rumor de las hojas, agitadas por la brisa de la noche, era bastante a hacerle sacudir nerviosamente, y le espantaba el chirrido de los insectos nocturnos. El

cansancio se había enseñoreado de sus huesos y por momentos le bajaba a los párpados, más y más pesado, el sopor.

De repente algo le hizo saltar y se despertó muy azorado. El macizo andar de toscas plantas se dejó oír, ascendiendo por la escalera. Entonces el durmiente se incorporó. Por las hendiduras de la puerta penetró débil reflejo de claridad que parecía atenuada a ratos, como si de intento la ocultasen. Los pasos se detuvieron y el aliento comprimido de alguien que no osaba respirar se advirtió claramente detrás de la puerta.

A éstas, Remigio se santiguó una vez más. Creyendo llegada su última hora, envió en hondo suspiro el último adiós a la madre y a la prometida, allá en España, y encomendó el espíritu al Señor. Tuvo de pronto ánimo para pedir auxilio, mas, convencido de que los de casa eran sus agresores y el gritar podía agravar su situación, se tuvo quedo y alargó el oído. Nada. Silencio profundo. Luego los mismos pasos sordos descendiendo hasta perderse en la distancia, extinguidos a poco en la apacible calma de la noche.

Remigio respiró: estaba salvado. Dijo en su corazón el avemaría, y, obedeciendo al instinto poderoso de la vida, calzose con rapidez, recobró sus talegas y ganó la ventana en dos trancos.

Por el andamio, descendió el caedizo, y de éste, saltó al camino real con la ligereza que el miedo consentía. Cayó de rodillas, porque de susto se le doblaron las corvas al saltar.

Viéndose a salvo, luego que se repuso del terror, espoleado por el miedo de que lo persiguiesen y alcanzasen, echó a correr desatinadamente a campo traviesa, sin volver el rostro hacia atrás.

Por la carrera, o por el miedo, el fugitivo no vio que otro hombre, un ladrón quizá, trepaba por el mismo tejado al mismo andamio que acababa de servirle a él de escalera, y penetraba quietamente en la habitación, de donde venía huyendo él aterrado.

El que escapaba desapareció a poco entre la sombría arboleda donde no llegaba jamás la claridad de la luna; el que se introdujo en la estancia, se desnudó sin ruido, acurrucándose bajo las sábanas como un pájaro en su nido, y cerró los ojos al sueño. Perdida la mente en deleitosos pensamientos y con el corazón regocijado por gratas memorias, no advirtió el desorden del lecho.

¿Qué había sucedido entretanto en La Venta? Nada de extraordinario. Severiana, tentada por las talegas de dinero, determinó en un instante robar a su huésped. Una vez más el vil abridor de todas las puertas indujo a la mujer a olvidarse de su hijo, y la empujó hasta el crimen.

Se ha de decir en esclarecimiento de la verdad, que la usurera, ladrona y todo, jamás había pensado en matar. Pero sobre la idea del delito, surgió la ambición; el deseo de que Máximo se convirtiera en rico, que viviese como un potentado, dichosísimo de estar apegado al amor de su madre y viajando en compañía de ella como gran señor. Con el contenido de las talegas y lo que la mujer tenía enterrado en un hoyo, en la trastienda, habría lo suficiente para que Máximo viese colmados sus deseos.

En un periquete la Severiana formó su plan de ataque y lo comunicó a su marido, de quien necesitaba para realizarlo, no como quien busca a entenderse con un cómplice, sino cual se manda a un esclavo en cuya obediencia se confía.

Oyola Desiderio, con calma al parecer; pero cuando la Seve acabó de hablar, mirola su marido con despreciativa insolencia. Era la primera vez de su vida que se atrevía a tanto. Díjole resuelto:

—Yo no he matado nunca. ¿Por qué habría de hacerlo ahora?

—Te desprecio —respondió la Mercadela hecha un energúmeno.

—Mira: tú me has hecho robar muchas veces, y he robado porque tú lo querías, mas sin tener ni inclinación ni voluntad; sabes que soy fuerte, que en llegado el caso, pondría de rodillas a un toro, cogiéndolo por las astas, cuando me diera la gana, y que puedo arrancar de cuajo, de un solo tirón, un arbusto recio; sabes que no soy un bruto, sino que, cegado por la pasión que me inspiras, me he degradado, me he envilecido, bajando hasta ti, desde mi esfera social respetada y respetable, como baja el rayo de sol a revolcarse en la charca inmunda. En cambio de ti, de tu persona que me enloquece, y de ese hijo amado de que me hiciste padre, te he dado todo, porque todo lo he perdido por ti: educación, familia, fortuna. Sí, todo, todo. Por amarte, mis padres me desposeyeron de mis bienes, dejándome sin herencia; por seguirte, me vi obligado a cambiar de nombre, porque se me hizo cargo arrastrar a tus pies el del hombre honrado que me lo dio con la existencia; sabes que por haberme enlazado a ti, con legítimos lazos, mi madre me borró de su corazón y se fue a la tumba sin volver a verme. Pues bien, todavía estoy loco por ti, todavía robo y me revuelco en la inmundicia por agradarte; pero matar, ni por ti ni por nadie. ¿Entiendes?

—Eres un miserable y te desprecio. Para lo que yo necesito de tu amor... Huiré de esta casa con mi hijo, con mi Máximo, cualquier día de estos, dejándote solo. Solo, ¿lo entiendes?

—No mataré.

—¡Cobarde!

La mujer calló, pero lo que sus labios no articularon, dijéronlo sus ojos de réprobo.

Desiderio, indignado, adelantó hacia la puerta, donde la Seve estaba recargada. Ligera como el pájaro al que, por intentar cogerlo, le rozan las alas, escapó la Mercadela del alcance de su marido, repitiendo con ira:

—¡Cobarde, cobarde!

—¿Huirías arrastrando a Máximo a seguirte? No, mujer, no; ni lo digas.

Temblando y bajando aún más la voz, enronquecida por la emoción, agregó el miserable:

—¿Y qué haríamos del difunto?

—¡Bah!, te ahogas en un vaso de agua: echémosle en el hoyo del corral. Cuando de cada casa ha salido un chivo en barbacoa, ¿quién se extrañaría de ver, en un corral, un montón de tierra removida? ¿No estamos en días de feria?

—Bueno, dame un puñal. ¿Acaso tenemos puñal? ¡Si jamás hemos sido asesinos!

—Mira, mira: el cuchillo de la cocina tiene la hoja angosta, pero está acabado de afilar. Ayer precisamente... Pero dale bien y de firme, en la mera chapa del alma. ¿Entiendes? Una cosa a medias nos comprometería.

—Sí, sí, le buscaré el corazón, aunque sea al tanteo, porque el cuarto está a oscuras. Sin duda apagó la lámpara, para descansar mejor.

—Así me gusta: animoso, bravo. Toma la linterna sorda... Aquí está el cuchillo: ¡mira qué punta tiene! Sube con tiento.

Desiderio empezó a ascender. A medida que ganaba en altura, la razón se le entraba por la cabeza, alejando la idea del crimen. Llegó hasta la puerta de la alcoba; pegó el oído a la hendidura, pero nada oyó. “Sin duda duerme —se dijo para sí—, yo no digo que no mataría a un hombre despierto, a uno que me hubiera ofendido, a un rival que me disputara a esta infame mujer que me empuja al crimen, a esta fiera que amo todavía como en el primer momento que la vi; pero a un hombre dormido, que, además

es extranjero y se recoge a mi techo y confía en mí... ¡Oh!, matar así no más, a un hombre indefenso, no, no, jamás. Horrible, horrible, horrible.”

Y empezó a descender sin guardarse de hacer ruido.

Abajo esperaba la usurera con el alma en un hilo. Desiderio le mostró su debilidad, refiriéndole las consideraciones que le habían pasado por la mente. Entonces dio principio entre los esposos una riña tremenda: increpaciones, insultos soeces, bajezas de todas suertes. ¡Qué de secretos se descubrieron! Ambos a dos se arrebataban las palabras, subiendo el diapasón de la voz sin proponérselo; y entre el murmullo de las recriminaciones conyugales, se perdió el eco de las pisadas del fugitivo huésped, de Remigio que se alejaba a todo correr, y el eco de otros pasos vigorosos, los de un hombre que se encaramaba por el caedizo, hacia el estribo del andamiaje, y se colaba discretamente en la habitación que había estado a punto de ser teatro de un crimen.

El que entró, se arrojó en el lecho sin desvestirse, se arropó y, cubriéndose la cara con el embozo, siguió gozando en sueños con el recuerdo del baile de donde venía; de la verbena donde había pasado horas de deleite y de amor. No tuvo tiempo de pensar en la sorpresa que llevarían sus padres cuando le viesan allí, muy de mañana, porque el sueño le retozaba en los párpados. Muy pronto se quedó como piedra.

Abajo había dado fin el altercado. La bestia humana, sobreponiéndose de nuevo a su miserable cómplice, le empujó a subir por segunda vez, armado de cuchillo y linterna.

El menguado no había podido soportar la idea de ser abandonado por los dos únicos seres que le hacían tolerable la vida de abyección.

Con mucho tiento, abrió Desiderio la puerta; deslizándose, avanzó hasta el lecho y escuchó. La respiración sosegada del durmiente levantaba el embozo de las cobijas, con movimiento rítmico, marcando el lugar del corazón.

La lámpara, falta de aceite, se había extinguido por completo, y apenas la escasa claridad que permitía la luna dejaba entrever los objetos que en ella había.

Desiderio contempló el bulto de la víctima, midió el golpe, y levantando y blandiendo el cuchillo, lo sepultó con hercúlea mano en el pecho del infeliz.

Quedo, muy quedo, llamó a su mujer el asesino, y los dos procedieron a bajar el cadáver, chorreando sangre, para arrojarlo al hoyo del corral. En el mismo sitio donde poco antes había estado el chivo en barbacoa, echáronle sin preces y sin lágrimas. Iba Desiderio a empezar a trasegar la tierra, cuando a Severiana le vino al magín otra idea perversa: despojar el muerto.

—Aguarda —dijo al hombre—, ¿si llevara al cuello alguna joya por donde pudieran descubrirnos?

—¿Quieres decir que registremos el cuerpo?

—Claro. ¿Hemos de ser tan bestias que le enterremos con las alhajas de valor?

—Haz lo que quieras.

Severiana arrancó la sábana del rostro del muerto. La luna, bogando en todo su esplendor por el cielo enteramente despejado en aquel instante, descendió indiscreta y amorosa a besar los labios de Máximo que la muerte había sorprendido sonriendo en sueños.

Saint Louis, Missouri, diciembre 24 de 1902